

QUIETUD

Andrea Mejía

LA
NAVAJA



QUIETUD

ANDREA MEJÍA

QUIETUD



Primera edición: enero, 2022

© del texto: Andrea Mejía., 2022

© de la presente edición: Editorial Humbert Humbert, S.L., 2022

Ilustración de cubierta: Alejandra Acosta

Publicado por La Navaja Suiza Editores

Editorial Humbert Humbert, S.L.

Camino viejo del cura 144, 1.º B, 28055 – MADRID

<http://www.lanavajasuizaeditores.com>

Impresión: Gráficas la Paz

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-123205-6-5

Depósito legal: M-162-2022

Thema: FBA

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la obra.

ÍNDICE

La serpiente	11
Arroz	27
Luz blanca	39
El azadón	55
La peña	67
El ganso	83
Aguja	99
El pozo	117
Flores rojas	131
El vestido rojo	147

LA SERPIENTE

Las escaleras para subir a la azotea donde estaba Jack, el gran mastín negro, siempre estaban calientes o tibias por el sol, y como casi siempre íbamos descalzas, las sentíamos distintas al resto de las baldosas de la casa, que eran frías y lisas. En algunas partes el suelo era helado: en el garaje y en el baño de abajo, pequeño y sin ventanas. También era helado el patio de ropas cubierto con rejas que llevaba al cuartito de Nora, que era el lugar más oscuro y bajo de la casa.

Era una casa muy grande.

Todo el día para nosotras transcurría entre el frío glacial del piso de abajo, el frescor del resto de la casa, y la tibieza extraña del suelo de baldosa roja afuera. Pisarla era como caminar sobre algo vivo, una lengua, un pedazo de carne, algo desagradable olvidado al sol. De esa misma baldosa roja era la terraza que comunicaba con el Cuarto Aparte, donde estaban las conchas y las estrellas de mar muertas. También las escaleras que bajaban desde la terraza hasta el jardín eran rojas y tibias, igual que las escaleras prohibidas que subían a la azotea de Jack.

El jardín no era tibio, ni era escalofriante como la tibieza roja de las escaleras. Porque el jardín era de hierba, y debajo estaba la tierra que mantenía siempre fresca la hierba. Había ramitas con espinas que caían de las buganvillas y vainas marrón claro, tostadas, ensortijadas, dispersas a la sombra de la acacia negra. En una esquina del jardín estaba la pileta de piedras lisas en la que nos bañábamos los días de más calor. Mojadas, las piedras eran grises y brillantes, y luego, cuando vaciábamos la pileta, el agua dejaba manchas azuladas que se evaporaban al sol. El jardín estaba rodeado por tres muros altos de ladrillo y por ellos subían los buganviles y un rosal trepador.

Podíamos subir y bajar libremente por las escaleras desde la terraza hasta el jardín. Pero las escaleras a la azotea estaban prohibidas porque en la azotea había un doble peligro.

Primero, Jack.

Jack era un gran mastín negro. Era tan grande, que por más que creciéramos un día, jamás podríamos mirarlo a la cara. Además, él vivía en la azotea y ahí no podíamos subir. Lo veíamos desde abajo, desde los primeros peldaños de la escalera prohibida. A mediodía, la piel de Jack brillaba y se azulaba por el sudor. Su pelaje era tan corto que parecía de caballo; su hocico era lo más negro en él, estaba siempre húmedo y en sus labios destellaba la saliva brillante. La saliva y las brasas ciegas de sus ojos eran lo que más miedo me daba.

—Jack no tiene párpados —le decía a Alejandra cuando ella salía a la terraza y me veía sentada en la escalera prohibida contemplando a Jack.

—Ven, mira —le decía.

Su dulzura la protegía del terror: ella se alzaba de hombros y seguía de largo al Cuarto Aparte para jugar con las conchas y las estrellas de mar.

Jack cuidaba la casa aunque estuviera encadenado, o por eso mismo, porque así era más bravo, decía mi abuela; y ladraba de un modo que llenaba mi corazón de espanto. Por las noches, cuando Jack oía algo y yo también lo oía, algún crujido de la casa, los vidrios que craqueaban por el cambio de temperatura, algo que reptaba por los muros del jardín, cualquier cosa, solo una nube que pasaba, las ramas de la acacia negra que se sacudían, él ladraba y mi corazón se helaba, y tenía que cubrirme la cabeza con la almohada, pero eso no me aliviaba, al contrario, porque allí adentro, además de los ladridos sordos de Jack, se oían los golpes de mi corazón.

El otro peligro que vivía en la azotea eran las abejas. Para mí no eran un peligro. Aunque mi tío no se cansaba de decir:

—Niñas, son más peligrosas que Jack.

Yo no le creía.

Solo alcanzábamos a ver dos cajas pintadas de naranja y azul celeste, sostenidas sobre pequeños guacales de madera. Eran las dos colmenas que el tío Alex tenía en la azotea.

—Son abejas africanas —decía.

Yo las imaginaba tan negras como Jack, hermosas y brillantes, y nunca sentí miedo de ellas, a pesar de que estaban tan cerca de él. Me decía que ellas estaban en otro mundo, separadas de Jack.

Mi tío empezó a llamarlas las Africanas. Ya no les decía abejas. Entonces se confirmó para mí lo que ya sospechaba: ellas tenían un reino al que nunca nadie podría acercarse.

—Las A-fri-ca-nas —decía yo en un susurro, separando las sílabas, sentada en las escaleras.

Y me quedaba con la boca abierta.

Lo repetía después de empinarme a escupir la crema de dientes en el lavamanos por las noches, y antes de quedarme dormida. Y suspiraba. El reino de las Africanas era tan vasto y extenso que no solo nunca nadie podría acercarse a ellas, sino que ellas tampoco podrían salir de él. Yo veía un reino oscuro, sin salida, y no podía ver nada más, ni miel, ni túneles, ni zumbidos; porque las Africanas eran tan silenciosas que ni siquiera a mediodía, cuando me quedaba quieta mirando a Jack desde abajo de la escalera prohibida, podía oír nada, ni una sola sílaba ahí adentro, en las cajas de las Africanas.

Así que no eran dos peligros los que vivían en la azotea. Para mí era uno solo, Jack, al que amaba. las Africanas eran para mí algo insondable.

2

Estos eran los sonidos que nos despertaban en la madrugada: los gritos alargados del hombre que pasaba vendiendo el periódico, los pájaros y los loros, los carros que empezaban a pasar por la circular como anillos sonoros lejanos que rodeaban la casa. Cuando llegaba la luz, primero gris y luego amarilla en la mañana, eran más los olores que los sonidos. El jardín, desde temprano, empezaba a desprender su olor dulzón y acre: la valeriana de la abuela, las rosas encrespadas y marchitas por el calor, y ese olor que no subía de ninguna planta en especial sino del jardín en su conjunto y que solo

había sentido ahí, en las vacaciones, en la casa de la abuela. Sabíamos dónde estábamos por ese olor en las mañanas.

Al desayuno, Nora nos tenía leche fría espolvoreada con azúcar y terrones de cacao en polvo, y salchichas que yo dejaba de lado con la esperanza de alimentar a Jack.

¿Cómo? Era lo imposible, pero lo esperaba... ¡Algún día!

Y solo al pensar que su lengua me podía raspar la mano, un escalofrío se me subía a la espalda.

Aleja le ponía tanta salsa de tomate a las salchichas, que ya no podían verse en su plato. Luego dibujaba estrellas con el dedo en el plato lleno de salsa. Ella tenía su propio delirio y eran las estrellas: las dibujaba en todas sus formas y las veía en todas partes. Las recortaba de trozos de papel de seda que a mi abuela le sobraban siempre porque en ellos envolvía los regalos que nos hacía. Guardaba las estrellas de tres puntas, o de cuatro, y nunca pudo, por más que se esforzara, hacer una estrella con más puntas, a menos que Nora se las trazara antes en lápiz sobre el papel fino siempre a punto de desgarrarse. Guardaba sus estrellas en una lata vacía.

En vez de comerlas, yo envolvía las salchichas en una servilleta y le decía a Nora que iba al jardín a recoger gusanos. Alejandra se escurría por debajo de la mesa y me seguía.

Siempre había gusanos bajo la acacia negra porque eran los frutos que caían durante la noche y en la madrugada. Enroscados y muy secos, abultados por las semillas que llevaban dentro, guardábamos los gusanos en su lugar: una pecera vieja y sin peces, con agua y piedras, en la que la abuela dejaba crecer palos de bambú. Todas las mañanas cosechábamos esos gusanos secos que se iban humedeciendo en el agua pero siempre flotaban y permanecían separados

del fondo de piedras y de la maraña de raíces pálidas de los palos de bambú.

—Algún día crecerán los gusanos —le decía a Aleja.

—De ese tamaño ya están bien —decía ella—. Y tendrán hijos.

Los juntábamos. Todas las noches caían vainas de la acacia, así que ninguna mañana nos quedábamos con las manos vacías.

La pecera estaba en el alféizar de una ventana junto a la que pasaba la escalera de la terraza. Y cada vez que subíamos o bajábamos, con las plantas de los pies ardientes, nos acordábamos de decir:

—Hola, gusanos, hola, bambús.

Sacudíamos las hojas del bambú con la mano para tener una respuesta. Aleja subía a la terraza, y de ahí se iba a jugar con las conchas, sacaba las estrellas de mar muertas y las ponía en línea sobre la terraza. El abuelo había dejado también corales secos y caparazones vacíos de tortugas en las estanterías. Los libros que habían sido suyos estaban verdes de humedad y amarillos de polvo, a pesar de que las estanterías permanecían cerradas con vidrios corredizos que Aleja abría trepándose a una banquita vieja. Sacaba las conchas vacías, descascaradas. Los caparazones de tortuga eran prohibidos, nunca los tocaba: ese era su miedo. El mío era Jack.

Quería cerrar los ojos al oír el castaño metálico de la cadena cuando Jack se sacudía en la azotea, y así no ver las filas de estrellas de mar sobre las baldosas rojas de la terraza. Pero si cerraba los ojos también lo dejaría de ver a él.

—Niñas, mañana nos vamos a pasar unos días en las montañas —dijo un día la abuela, sin más anuncios.

Llevaba puesta su blusa de borlas azules y rojas. Miró a Aleja.

—Después guardas esas estrellas en su sitio —le dijo.

Y después no dijo más.

¿Y Jack? ¿Y las Africanas?

—Jack va a cuidar la casa y a las Africanas. El tío Alex vendrá con nosotras a la montaña. También vendrá Nora.

La abuela volvió a perderse dentro de la casa.

Bajó las maletas de la parte alta del armario. Cerró y abrió puertas. Desde arriba le preguntaba a Nora si había visto su saco de lana suave. Le decía que no olvidara empacar el cacao, las salchichas, la salsa de tomate. En esas estaba Nora y no me vio entrar a la cocina cuando pasé a sus espaldas y seguí derecho hacia su cuarto en la parte fría de la casa. Ahí me quedé sentada en el suelo, al lado de su cama.

Todas las cosas que Nora tenía en su mesa de noche estaban frías: el relicario, que era una especie de librito que se abría y se cerraba como una libreta, solo que en vez de páginas tenía adentro imágenes de santos y una virgen y un cristo muerto de sed con la cabeza hacia un lado. Tenía crema de concha de nácar en un frasco y una vela que encendía por las noches. Todo frío y apagado; y justo encima, solo dos pisos más arriba, estaba la azotea bajo el sol. Y en la azotea estaba Jack.

¿Con qué fuerzas iba a subir a verlo, si al día siguiente, al mediodía, estaría lejos de él, en las montañas? La casa estaría desierta, las baldosas rojas, quién sabe, ardientes, los gusanos flotando en la pecera, y en el jardín todos esos frutos enroscados sin recoger y con bolas atoradas adentro.

Jack no ladró esa noche, o yo no pude oírlo.

Al día siguiente el hombre que vendía el periódico volvió con sus gritos, los carros lejanos despertaron. Y partimos a las montañas.

Los días ahí eran interminables. Yo solo esperaba volver para ver a Jack. Había otros perros, dos burras, conejos. Las jaulas eran sucias. Los establos, llenos de montes secos de estiércol. Nada me gustaba.

—Llévale zanahorias a las burras, no te quedes ahí sentada. ¡Dales de comer a los conejos, que son tan suaves!

Mi abuela aplaudía una sola vez y en ese aplauso destellaba toda la blancura y suavidad y maravilla que para ella eran los conejos.

Pero yo solo pensaba en las salchichas con trozos de servilleta pegados y trataba de ver los labios negros brillantes de saliva, y los dientes de Jack adentro, tan blancos. Tal vez si subía y dejaba las salchichas al lado de sus patas, estirando lo más que podía el brazo por entre los barrotes de la azotea... Que me lamiera a cambio de las salchichas, sin mordirme.

—¡Las devoraría! —decía mi abuela esta vez sin aplaudir. Y yo no sabía si se refería a las salchichas, o a mis manos, o mí y de paso a mi hermana, si desobedecíamos la prohibición y un día nos atrevíamos a alimentar a Jack.

Si algún día lo hacía, lo haría yo sola, porque Aleja no tenía ningún interés.

Ella había llevado su lata con estrellas de papel a las montañas, pero hasta ese amor suyo tan vivo pudo olvidarlo, y ya el segundo día la lata de estrellas quedó abandonada en la mesa de noche del cuarto donde dormíamos. Entonces se entregó, claro, a los conejos en primer lugar, pero también a unas piedrecitas azules y verdosas que tenían forma de gorro.

—Piedrecitas, piedrecitas —les decía.

Y mi abuela:

—No son piedras, son frutos de eucalipto.

¿Frutos? Aleja igual los recogía en un frasco de vidrio y la abuela los arrojaba por las noches a la chimenea y los gorritos crepitaban antes de desaparecer del todo en el fuego. Aleja miró a la abuela las primeras noches, interrogándola en silencio por la pérdida de sus gorros.

—¡Pero si hay cantidades! —la tranquilizaba ella—. Mañana recoges más.

Aleja se quedaba entonces muy seria mirando el fuego.

Yo no podía comprender la paciencia de mi hermana. Solo quería estar sentada en las escaleras mirando a Jack. Y durante la noche esconderme de sus ladridos bajo la almohada. Solo esa angustia podía soportar en paz.

El tío Alex tenía más colmenas en la finca en las montañas. Entraba por las tardes en el bosque con ese traje amarillo que tenía un velo que le cubría la cara, y volvía con panales llenos de miel y algunas abejas que lo perseguían y formaban círculos en el aire. A la ida llevaba un fuelle lleno de brasas encendidas que despedían humo, y el humo envolvía su figura mientras desaparecía entre los troncos de los pinos. Cuando volvía llevaba el fuelle bajo el brazo, con las brasas ya apagadas, para poder cargar los panales. No hacía caso de las abejas solitarias que lo perseguían.

Nora cocinaba para todos y por las tardes se sentaba con mi abuela en la mesa de la cocina a desgranar frijoles verdes. A veces, las ayudábamos.

—Hola, gusanos tiernos —decía Aleja.

Yo me indignaba y me iba afuera. Esos no eran nuestros gusanos.

Por fin terminaron los días en la montaña y nos alejamos de los conejos suaves y blancos, de los bosques llenos de abejas y del estiércol, y volvimos a la casa grande en la ciudad.

3

En brazos del tío Alex bajó el cuerpo muerto de Jack.

Jack era inmenso, para cualquier par de brazos habría sido inmenso. Tenía las patas rígidas, como huesos, y su cuerpo lleno de picaduras y de hinchazones. Su pelo negro estaba ahora veteado de blanco, como si hubiera encanecido: el sol había secado su sudor salado.

Ay, Jack.

Tus ojos incoloros estaban abiertos.

Tampoco en la muerte Jack tendría párpados.

El tío Alex dejó el cuerpo sobre la terraza, se incorporó, se quedó de pie, se llevó las manos a la cintura, cerró un ojo y arqueó la espalda. Así mostraba su pena. Había dejado la reja de la azotea abierta, porque allá arriba ya no había ningún peligro. Jack estaba aquí abajo con nosotros y las Africanas se habían ido. Las dos colmenas vacías estaban volcadas en el suelo. La cadena que había rodeado el cuello de Jack estaba en el suelo también. El tío Alex la había dejado caer y había soltado al perro para bajarlo cargado en sus brazos.

Me arrodillé junto a Jack. Su lengua roja y húmeda era ahora del color de la ceniza; y el borde de sus orejas, que nunca llegué a tocar, ya no terminaba en esa línea de terciopelo que formaba dos triángulos perfectos, sino en hilachas grises

también, y cenicientas. Las orejas eran lo único en su cuerpo que no estaba hinchado, pero habían perdido su forma.

—¿Qué le pasó? —preguntó Aleja. Su voz temblaba. Sus ojos se habían abierto más para esperar la respuesta.

Mis lágrimas no podían calmarse; caían sobre las baldosas rojas, y ahí, en esa tibieza, se evaporaban por el sol.

—Las Africanas lo picaron —masculló el tío Alex.

Aleja parpadeó, luego ladeó la cabeza, y solo unos segundos después propuso que le hiciéramos un entierro en el jardín con algunas conchas del Cuarto Aparte y que pusiéramos una estrella de mar en el montículo de tierra. No esperó la respuesta del tío Alex y bajó las escaleras al jardín. Quizá sabía que la respuesta iba a ser: no.

Lo que hicieron fue llevarse a Jack. Tomaron una bolsa de basura negra y ahí lo metieron, mientras yo en la cama de Nora buscaba una franja de colcha que estuviera fresca para calmar mi ardor. Pusieron la bolsa en el baúl del Mazda color mostaza de la abuela, volvieron a abrir la puerta de cristales gruesos del garaje, que Nora apenas acababa de cerrar, y se lo llevaron.

¿Adónde?

—Lo llevan a un sitio donde va a estar bien.

Nora decía eso mientras me acariciaba el pelo.

—Va a estar mejor —decía.

Y volvía a repetir: bien, mejor.

Luego me dejó sola y se fue a prepararnos algo para las onces.

No odiaba a mi abuela por haber dejado sola la casa, ni al tío Alex por haber puesto las colmenas en la azotea y haber tenido encadenado a Jack. Me odiaba a mí misma por no

haber sabido ver que en la azotea había un peligro, un peligro mortal que no eran las Africanas.

Volví varias veces a la azotea vacía. Las escaleras ya no estaban prohibidas. Los destellos azulados del sol en las rejas me hacían cerrar los ojos. Muchas veces vi en sueños cómo a Jack le quitaban la cadena y se lo llevaban alzado en los brazos. Le quitaban la cadena y él huía de las Africanas.

El juego de los gusanos terminó. No me daban ganas de cosecharlos. Los que estaban en la pecera de los bambús se pudrieron, hasta que Nora los botó. Algunas tardes nos seguimos bañando en la pileta del jardín aunque el agua no nos llegara ni siquiera a las rodillas. Aleja me mojaba la cabeza usando un cuenco de plástico que alguna vez había sido un plato.

El tiempo de las vacaciones terminó.

4

Pero la última palabra no fue la de la pena. Fue la del asombro. Y fue así que pasó.

Nos íbamos al día siguiente. La abuela había vuelto a bajar las maletas de los armarios y empacaba nuestra ropa y todos los regalos que nos había hecho. Aleja intentaba esconder unas conchas entre camisetas sucias nuestras que ya Nora no alcanzaría a lavar. Las estrellas de papel las había lavado un día en la pileta y se habían desleído y ya no quedaba rastro de ellas. Yo hacía tiempo que había abandonado cualquier idea de subir a la azotea. Los últimos días había preferido estar en el jardín.

Y fue ahí, con el olor del jardín dormido en el frescor de la tarde y los sonidos que llegaban desde la casa, que sentí el roce en el pie.

¿Barro húmedo y frío?

No era barro, porque unos pasos más allá la hierba se partió en dos y vi una serpiente. Los patrones de su cuerpo eran anillos marrones y amarillos, y se ondularon, una vez, y otra más, muy deprisa, y volvieron a perderse en la hierba. Mi corazón se paró de un golpe, luego volví a respirar. ¿Qué tan larga había sido? No pude ver su cabeza, solo la punta donde terminaba su cuerpo. Me quedé mirando fijamente la hierba por si volvía a aparecer.

Nada.

La hierba verde y quieta con su fondo de tierra fresca llegaba hasta el muro de ladrillos. Entonces levanté un poco la cabeza y ahí volví a ver, por un segundo, los anillos nadar entre las espinas del rosál trepador.

Luego esa aparición larga y móvil se perdió para siempre.